LOS CABALLOS DE CORTÉS

Por Juan Antonio Icardo

Al conquistador y cronista Bernal Díaz del Castillo, su caballo le costó conquistar México y seiscientos pesos. Previamente se había pateado en alpargatas América Central, cargando con la espada, el yelmo y la rodela. Y hubiera terminado como un nonagenario más, lamiéndose recuerdos y heridas en su encomienda de Guatemala, de no ser por López de Gómara.

Este López de Gómara era retórico profesional. Le echó a su *Historia de Indias* tanto milagro y maravilla que a Díaz del Castillo le amargaba la jubilación. Y para desdecir al historiador oficial arremetió con ímpetu la crónica de su Conquista. La suya – que no de Gómara – porque él había estado con Cortés y otros mucho capitanes y participado en ciento diecinueve hechos de guerra. Quede claro que buena parte como soldado de infantería.

Caballos había pocos, pero a él no se le olvidó ninguno. Cita con pelos y señales a los dieciséis que embarcaron con Cortés:

El capitán Cortés, un caballo castaño zaíno, que luego se le murió en San Juan de Ulúa.

Pedro de Alvarado y Hernando López de Ávila, una yegua castaña muy buena, de juego y de carrera.

Alonso Hernández Puertocarrero, una yegua rucia de buena carrera.

Juan Velázquez de León, otra yegua rucia muy poderosa, que llamábamos "La Rabona", muy revuelta y de buena carrera.

Cristóbal de Olí, un caballo castaño oscuro, harto bueno.

Francisco de Montejo y Alonso de Ávila, un caballo alazán tostado: no fue para cosa de guerra.

Francisco de Morla, un caballo castaño oscuro, gran corredor y revuelto.

Juan de Escalante, un caballo castaño claro,tresalbo:no fue bueno.

Diego de Ordás, una yegua rucia, machorra, pasadera, aunque corría poco.

Gonzalo Domínguez, un muy extremado jinete, un caballo castaño oscuro muy bueno y grande corredor.

Pedro González de Trujillo, un buen caballo castaño, perfecto castaño, que corría muy bien.

Morón, vecino del Vaímo, un caballo overo, labrado de las manos.Y era bien revuelto.

Vaena, vecino de la Trinidad, un caballo overo, algo sobre morcillo: no salió bueno.

Lares, el muy buen jinete, un caballo muy bueno, de color castaño algo claro y buen corredor.

Ortiz, el músico, y un Bartolomé García, un muy buen caballo oscuro que decían "El Arriero".

Juan Sedeño, vecino de La Habana, una yegua castaña.Y esta yegua parió en el navío.

El mejor de todos a juicio del cronista fue "Arriero", de naturaleza y por oficio muy rijoso. Lo llevaba a mal traer la yegua recién parida de Juan Sedeño: en cuanto la venteaba, los ojos le saltaban de las órbitas y todas las fuerzas se le iban en pateos y relinchos.

Quiso Cortés sacar partido del enamoramiento de la bestia y con las bramuras del caballo en primer plano y, de telón de fondo, un tiro de bombarda, improvisó un espectáculo de luz y sonido para impresionar a unos embajadores de los indios. El montaje anunciaba la tramoya barroca.Y surtió efecto porque los indios juraron, mirando de reojo a

“Arriero”, portarse convenientemente. Como así fue: pronto aprendieron a desjarretar y a degollar caballos.

La yegua de Sedeño fue la primera en experimentar las nuevas técnicas en sus carnes: le cortaron el cuello en redondo los tlascaltecas. Fue la protomártir equina de Cortés. Los indios mostraron sus despojos como trofeos de guerra y sus herraduras colgaron como ofrendas a sus dioses en los templos nativos.

*****

Al cronista López de Gómara, como se ha dicho, se le iba la mano en los milagros. Pensaba que un santo de más no estorbaba: en estas cuestiones mejor pasarse que quedarse corto.

Muy en su línea a punto estuvo de canonizar a los caballos de Morla y de Cortés. Y buenos, fueron buenos, pero no para merecer octava y novenarios.

Fue cuando lo de Tabasco. Por entonces, los indios eran todavía unos pardillos en materia de caballería y presentaron batalla en campo abierto, sin cubrir los flancos. Cortés y sus jinetes la gozaron. Entraron en combate a media rienda, con las lanzas algo terciadas. Querían provocar la desbandada, pasando los hierros a la altura de los rostros enemigos. Sin alancear.El exceso de celo hizo que alguna lanza se clavara: una carnicería.

Los caballos llevaban petral de cascabeles para ponerle ritmo al espectáculo. El capitán cuidaba los detalles.

Al de Gómara la carga le pareció digna de la celestial caballería y les puso montura a San Pedro y Santiago. Trabajo había para los muy ilustres misioneros. El final feliz para su causa justificaba la aparición de los jinetes apostólicos. A cuanto cristianaron no se dice. La estadística aun no estaba ligada a la retórica.

Bernal Díaz del Castillo, que luchó a pie en Tabasco, cuenta que no vio nada. Aunque añade, curándose en salud, que ello pudo deberse a no ser dignos dxe presenciar prodigios sus ojos pecadores, ni los del resto de conquistadores que allí había.. Y bien pudiera ser. O que estaban

demasiado ocupados repartiendo estocadas o sacando las mantecas a un indio gordo que mataron, para curarse con ellas las heridas. Porque se hallaban muy desabastecidos y el unto aquel les daba muy buenos resultados.

Supongamos, en fin, que los ojos pecadores o sus trabajos de chacinería, impidieran a Díaz del Castillo atestiguar el milagroso galope. Pero persiste una duda insuperable: los caballos de Morla y de Cortés eran castaños. Y es de sobra sabido que cuando los apóstoles cabalgan lanza en ristre, montan caballos blancos. Es difícil de creer que los dos santos rompieran con una tradición tan arraigada.

Al caballo de Morla lo acuchillaron cuando la huída de la ciudad ded México. Y a su dueño con él .Por entonces, las espadas españolas ya servían de puntas para las picas indias. Al animal lo hundió en la laguna el peso del oro que cargaba. A Cortés su caballo se le murió de cólico en San Juan de Ulúa.

Pese a los devotos esfuerzos de López de Gómara, ninguno de aquellos caballos lució en el anca el hierro de la yeguada celeste. San Jorge y Santiago tenían cubierto el cupo. Y a San Pedro siempre le tiró más la intendencia que la caballería.